

El amor en tiempos de pandemia

Love in times of pandemic

*Wilfredo Montenegro Carrasco**

Escuela Profesional de Psicología,
Universidad de San Martín de Porres, Perú

Recibido: 20 de setiembre de 2020

Aceptado: 02 de octubre de 2020

Resumen

A partir de la pandemia, provocada por la COVID-19, se reflexiona sobre la realidad de la condición humana: la crisis de amor. El objetivo de este trabajo de investigación es incursionar en la reflexión filosófica y ética sobre el valor del amor y la fe en situaciones difíciles, como lo son las circunstancias por las que atraviesa la humanidad en la actualidad. Se pone en consideración que el verdadero problema radica en la crisis de valores y la falta de amor producto del individualismo, hedonismo y narcisismo. Se concluye que el amor es la base de todo camino conducente a una vida con sentido. La base del sentido de la vida, la salud y la felicidad no se encuentran en la ciencia, el poder político o económico, sino en el amor y la confianza en Dios. Además, la finalidad es pasar de la ética del riesgo a la ética del amor para reconstruir la cuna del amor: la familia. Como se lee en la Biblia: «Permanezcan en la fe, la esperanza y el amor. La más excelente de ellas es el amor» (1Cor 13, 13); «Vivan arraigados y cimentados en amor, por medio del Espíritu que los fortalezca en lo íntimo de su ser» (Efe 3, 16-17).

Palabras clave: amor, pandemia, COVID-19, vulnerabilidad humana, temor, esperanza, confianza, familia humana.



Abstract

Since the beginning of the pandemic caused by the COVID-19, we have reflected on the reality of human condition: the crisis of love. The objective of this research work is to make a philosophical and ethical reflection on the value of love and faith in difficult situations, such as the circumstances that humanity is currently going through, considering that the real problem lies in the crisis of values and the lack of love as a product of individualism, hedonism and narcissism. It is concluded that love is the basis of every path leading to a meaningful life. The basis of the meaning of life, health and happiness is not found in science, political or economic power, but in love and trust in God. Moreover, the aim is to move from the ethics of risk to the ethics of love in order to rebuild the cradle of love: the family. As we read in the Bible: «Abide in faith, hope, and love. The greatest of these is love» (1 Cor 13:13); «Let them live rooted and grounded in love, through the Spirit who strengthens them in their inmost being» (Eph 3:16-17).

Keywords: love, pandemic, COVID-19, human vulnerability, fear, hope, trust, human family.

Introducción

Se inicia la reflexión filosófica y ética sobre el valor del amor y la fe en situaciones difíciles, como es el caso de la pandemia por COVID-19 que representa estar en un inminente peligro de perder la vida. Qué paradoja, en *El amor en tiempos de cólera*, todos quieren irse de su ciudad, nadie quiere volver a su casa, a causa del horror de la vida real (Dahrendor, 2006, como se citó en Leuridan, 2019). Pero ahora todos quieren quedarse en casa para siempre, la familia se ha convertido en el único lugar que brinda confianza y seguridad. La familia es el camino privilegiado para reconstruir la civilización, cuya base es el humanismo del amor, ligado a la familia (Ferry, 2012, como se citó en Leuridan, 2019).

La pandemia no es el problema

A partir de la pandemia se toma conciencia de estar en un grave peligro, de enfermar o incluso perder la vida a causa del coronavirus. La Organización Mundial de la Salud y los gobiernos anunciaron la peligrosidad del virus generando gran preocupación con presencia de síntomas de ansiedad en muchos casos. El miedo a enfermar, a morir, así como la incertidumbre conducen a estados de estrés, depresión y otros trastornos en la población. El sistema inmune se debilita y nos hace más vulnerables. La pandemia parece ser un problema que vino para quedarse. El rechazo al llamado distanciamiento y unidad para la lucha contra el enemigo invisible revela el verdadero problema de esta pandemia. La máxima concentración del hombre en el peligro ha hecho olvidar el amor y la confianza. Esa es la causa real que nos ha debilitado: sin amor nada somos (Cfr 1Cor 13, 1).

Pero, el verdadero problema, radica en la crisis de valores y la falta de amor; el individualismo, hedonismo y narcisismo de algunos lo han puesto en evidencia; en nombre del ego todo es posible. Mientras la población se hunde en la desesperación por salvar vidas, algunos roban, otros hacen fiestas, otros siguen matando y otros lucrando. La especulación y la inflación de precios en la compra de productos, para mitigar la emergencia, lo ha demostrado: respiradores, oxígeno y medicamentos con precios sobrevalorados, etc. Es así que el favoritismo y el nepotismo egocéntrico solo buscan beneficiar a la familia y a los amigos. La sociedad globalizada, vulgar y egoísta no considera a «la justicia primera vía del amor» (Leuridan, 2019, p. 330).

La visión del amor que tiene el mundo se ha convertido en un problema para el amor verdadero. El superhombre del mundo postmoderno, toma al amor como un producto de su autonomía, de su conveniencia. El hombre de hoy entiende el amor solo desde una perspectiva hedonista, egocéntrica y narcisista. Cuando el amor se entiende desde esta perspectiva no trasciende al interés personal egoísta. Esta visión rechaza al amor como don desinteresado. Los problemas de pareja, el consumismo y la indiferencia por otras personas son solo algunas evidencias de esta crisis (Leuridan, 2019).

La pandemia actual revela la desolación que vive el mundo, que trasciende a la misma pandemia. En realidad, la enfermedad no es el problema, ya que

la humanidad ha enfrentado situaciones difíciles siempre como guerras genocidas, pestes y otras tragedias, el problema es «el egoísmo: un virus todavía peor» (Francisco, 2020a, p. 9). La enfermedad es una situación que siempre ha existido y seguirá existiendo; por tanto, queda al descubierto la falsedad del «individualismo contradictorio» (Lipovetsky, como se citó Leuridan, 2019). En la actualidad es una experiencia inédita, pero para la humanidad no es nada nuevo; nuestros antepasados sufrieron con la lepra, la viruela, peste negra, gripe española y hoy seguimos sufriendo, sin saber hasta cuándo, con el sida, el cáncer, la diabetes, etc. Preocupan las alternativas de solución porque el poder humano no ha podido encontrar cómo resolver los problemas ecológicos, económicos, políticos, y ahora sanitarios, que se tienen su origen en la actitud egoísta y el olvido del amor.

La vuelta al bien común es inminente

Es obvio que la alternativa de solución no se encuentra en la industria farmacológica, ni en los mesianismos del mundo globalizado y sus ofertas del mercado. Se requiere una alternativa distinta, que trascienda a las vacunas y a la compra de la salud. La alternativa que falta es una respuesta de actitud solidaria y ética por el bien propio y de los demás, del bien común. La enfermedad por COVID-19 ha provocado una crisis global, manifestada no solo en la presencia del mortal virus, sino en la miseria humana que compromete a todos. Esta crisis va dejando claro que es un problema del bien común. El hombre es, por naturaleza, un ser social, cuyo valor fundamental es el bien común; ricos y pobres necesitan de los demás. Las circunstancias de la pandemia han develado la realidad sobre la igualdad de los seres humanos. La discriminación no es más que una tara social y se ha logrado comprender que esta situación, pronosticada desde hace décadas, pero no abordada en serio, nos ha unido a todos en una lucha común a favor de la vida. Ha puesto en marcha la realidad y el valor del bien común que sin la superación del egoísmo y falta de amor al prójimo no prospera (Pontificia Academia para la Vida, 2020a). Es preciso recordar: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10, 27). El amor a los hermanos es la base del bien común: «Ámense los unos a los otros con amor fraternal, respetándose y honrándose mutuamente» (Rom 12, 10).

La estructura de la vida humana es una totalidad unitaria que determina a la misma persona; esta unidad es originaria y trascendente, expresa el grado más alto de unidad de la conciencia y la persona. La amistad es el camino que nos conduce a concretar la unidad y «el amigo es una fuerza que eleva la existencia. El otro tiene un puesto determinado en nuestras vidas» (Williams, 2004). Uno para todos y todos para uno.

La angustia frente al peligro inminente

La situación es angustiosa e incierta mientras la seguridad y el valor para resistir se ha disipado; nadie tiene una respuesta de esperanza. El estar pensativos frente a esta incertidumbre ha despertado nuestra conciencia. La vida de todos, en peligro, nos ha puesto activos frente a la inercia de la complacencia, la indiferencia y la resignación. La esperanza y las perspectivas no están en el poder del mundo globalizado. La cura está en Dios. El amor y la confianza en Dios nos darán una perspectiva distinta de sanación. Las vacunas sin amor se convertirán en un negocio egoísta, en un instrumento de poder que solo beneficiará a quienes pueden comprarlo, como sucede ya con la educación, la nutrición y otros bienes, que llegan a quien puede comprarlos. Solo el amor hará que el bien sea común, es decir, que sea para todos. Solo el amor mitigará cualquier forma de angustia (Pontificia Academia para la Vida, 2020a).

El concepto de la angustia, la existencia y el descubrimiento de la vida, cobra importancia. El hombre concreto, temporal, en devenir, situado en ese modo de ser llamado existencia; cruce de lo temporal y lo eterno; sumergido en la angustia, originada en el mal; el pecado del egoísmo, que hoy se refleja en el individualismo (Kierkegaard, 1984, como se citó en Alarbid, 2008). Lo que angustia no es la muerte, sino la indiferencia, cuyos frutos son el calentamiento global, la pobreza, la creación de enfermedades, el odio y las guerras –tragedias irreversibles para la humanidad–. Nada bueno estamos haciendo por nuestra verdadera felicidad. La codicia, la ambición y el egoísmo, entendidos como felicidad, solo han embotado el corazón del hombre, se han vuelto una trampa de la que él mismo hombre no puede salir. Es la angustia del faraón, pero, que ebrio del poder y sin alternativas de solución, sigue vigente. Ese egocentrismo lo hemos podido constatar en los miles de vida humanas perdidas a causa de la falta de solidaridad, en el hedonismo prioriza

la diversión a la vida, y en el éxodo de miles de hermanos que víctimas del miedo, el hambre, la miseria y la indiferencia, se han visto obligados a desfilar ante nuestros ojos, haciendo interminables caminatas, dejando claro que en nuestros pueblos no existe justicia y menos aún compasión, solidaridad y amor.

La toma de conciencia se ha iniciado, y sin duda cobrará un alto precio. La perseverancia en la fe y en el amor nos mantendrá firmes ante la gran lección. Si amamos y confiamos en Dios nada ni nadie podrá contra nosotros (Francisco, 2019a). Nos levantaremos, lucharemos, nos acomodaremos, pero seguiremos adelante. Solo el amor nos impulsa a cambiar nuestro *modus cogitans* y *modus vivendi*. Es el momento de hablar de nuevos valores, de mirar con aprecio al bien común, a la solidaridad, al valor de la vida, la responsabilidad común, pero sobre todo al amor. «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10, 27). El amor a uno mismo, a nuestras vidas, a nuestro prójimo y a Dios, es la mejor bandera para defender a la familia humana.

La vida humana ha sido sometida a la preocupación histórica y ética. La filosofía del amor y de la filosofía de la vida cobran importancia. A tal punto que nos atrevemos a pensar en cambios radicales y estructurales. La vida después de la pandemia, necesita nuevos objetivos. Para iniciar, se requiere «una dirección, claves y directrices para reconstruir un mundo mejor que podría nacer de esta crisis de la humanidad, y sembrar esperanza en medio de tanto sufrimiento y desconcierto». Esperanza que se funda sobre todo en el amor de Dios, pues «con Dios la vida nunca muere» (Francisco, 2020a, p. 3) y en el amor al prójimo, que es el segundo mandamiento más importante (Cfr Lc, 10, 27).

El amor trasciende a los sentimientos, las pasiones y las interpretaciones. El amor se ha convertido en una actitud ética. No solo es la causa principal de la felicidad, sino lo que da sentido a la existencia. El Apóstol Pablo define al amor como una acción de entrega absoluta al bien del ser amado. «Más la prueba que Dios nos amó fue entregarnos a su propio hijo muerto en una cruz, aun siendo nosotros pecadores» (Rom 5, 8). En el mismo sentido, el Apóstol Juan, afirma: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn

3, 16). Esta visión define al amor como una actitud ética. Es una decisión permanente que nace de Dios a favor del hombre y nos invita a imitarlo. La acción ética es una acción racional y libre, el amor es una decisión que consiste en la entrega absoluta y sin condiciones al bien de ser amado, sacrificando incluso la propia vida.

El amor es un don, una entrega gratuita que no espera nada a cambio. Dios nos entregó la vida del hijo, no por recompensa alguna merecida por los hombres, sino porque él es amor. Aun siendo nosotros pecadores, él nos entregó a su hijo muerto en una cruz. No exigió condiciones para amarnos, simplemente nos amó. El amor de Dios es permanente, fiel e imperecedero. «Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero» (1 Juan 4, 19). «El amor de Dios consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como sacrificio por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10). Este es el amor que Dios nos invita a vivir y proyectar en nuestras vidas. «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Así como yo los amo, ustedes deben amarse también los unos a los otros» (Jn 13, 34). «Ámense los unos a los otros, como yo los he amado» (Jn 15, 12).

¿Es posible que, a partir de la pandemia, las nuevas generaciones desarrollen una visión distinta del mundo y del amor? Vale la pena descubrir el verdadero significado del hombre y del amor, y contrastarlo con los verdaderos fines humanos: la felicidad y la convivencia, en búsqueda de la buena vida, tanto para uno, como para los demás (Savater, 1991).

Donde hay amor no hay miedo

Uno de los fenómenos que sin duda ha causado más estragos que el mismo virus es el temor. El temor a enfermarse o morir ha generado un desequilibrio en el manejo de las emociones y fortalecimiento del sistema inmunológico. Cuando el sistema inmunológico se debilita, el organismo se vuelve vulnerable frente a cualquier enfermedad. Incluso una gripe puede matar. Motivo por el que las personas en condiciones de vulnerabilidad que padecen enfermedades respiratorias, del sistema inmune, o los que no se alimentan adecuadamente, corren mayor riesgo de morir. Pero, no solamente ellos, sino también los familiares de estas personas vulnerables, terminan en

la desolación y el temor, y por lo mismo, pueden llegar a ser vulnerables también. Por eso nuestra lucha frente a la pandemia debe centrarse en superar el temor. Debemos tomar conciencia que no estamos solos, Dios nunca nos abandona, esta vida es temporal y solo Dios sabe lo que hará con ella.

Desde hace seis meses, «vivimos en la oscuridad del atardecer» (Mc 4, 35). Densa oscuridad cubre nuestras plazas, calles y ciudades; va adueñándose de nuestras vidas, llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador, que paraliza todo a su paso. Se palpita en el aire, se siente en los gestos y en las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Hemos sido sorprendidos por una tormenta inesperada y furiosa. Estamos tomando conciencia de que nos encontramos en la misma barca, todos frágiles y desorientados, pero al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados a confortarnos mutuamente. Se escuchan voces de angustia: «¡perecemos!» (cfr v. 38), pero al mismo tiempo, descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta. Solo juntos y con la compañía del Dios lograremos salir de esta prueba (Francisco, 2020b).

Nos identificamos con esta historia, pero no entendemos la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, parte más peligrosa de la barca. A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre. Despierto por los gritos y suplicas, calmara al viento y a las aguas, y luego, reprocha a los discípulos: «*¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?*» (v. 40). Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron o mejor dicho le criticaron, «*Maestro, ¿no te importa que perezcamos?*» (v. 38). Piensa que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Hoy la indiferencia duele mucho más, cuando escuchamos decir: «*¿Es que no te importa?*». Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados. (Francisco, 2020a, p. 23)

Nunca debemos olvidar de pedir «que irradie tu faz sobre tu siervo; por tu gran amor, sálvame» (Sal 31, 16).

En estas circunstancias no hay mejor remedio que la fe y el amor. «El amor echa fuera el temor. El que teme espera el castigo, porque no ha sido perfeccionado en el amor» (1 Jn 4, 18). El que ama y confía en el Señor vence el temor. «Por la mañana hazme saber de tu gran amor, porque en ti he puesto mi confianza. Señálame el camino que debo seguir, porque a ti elevo mi alma» (Sal 143, 8).

El amor tiene un valor insustituible. San Pablo, cuando escribe a los cristianos que ansiaban el don de lenguas, el don de profecía, el don del profundo conocimiento, el don de la fe, sostiene que estos, sin darse cuenta, olvidaron el camino más excelente del encuentro con Dios: el camino del amor.

Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un tambor que resuena o un platillo que hace ruido. Si yo doy mensajes recibidos de Dios y conozco todas las cosas secretas, tengo toda clase de conocimientos y tengo toda la fe necesaria para cambiar los cerros de lugar, pero no tengo amor, yo nada soy. Si reparto todo lo que tengo y si entrego hasta mi propio cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve. El que tiene amor tiene paciencia, es bondadoso, no es presumido ni orgulloso, no es grosero ni egoísta... no se alegra del pecado de los otros sino de la verdad. Todo lo soporta con confianza, todo lo espera con paciencia. El amor nunca muere. (1 Cor 13, 1-8)

La fragilidad humana ha sido develada

Ningún poder humano ha podido enfrentar esta grave situación, todos los Estados, hasta los que se consideran más poderosos son severamente humillados por los efectos de la pandemia y la indiferencia. Esta situación recuerda al hombre su condición humana, débil y frágil.

Las metáforas predominantes que ahora invaden nuestro lenguaje ordinario enfatizan la hostilidad y un sentido penetrante de amenaza. Los estímulos para combatir al virus, los comunicados de prensa, que suenan como partes de guerra, las informaciones

diarias del número de infectados, que pronto se convierten en víctimas caídas. En el sufrimiento y la muerte de tantos hermanos, nos han dado una lección de la fragilidad. Los hospitales siguen luchando frente a las demandas abrumadoras, enfrentando el racionamiento de recursos y el agotamiento del personal sanitario. La lucha por las necesidades básicas de supervivencia, ha puesto en evidencia la condición de los prisioneros y los pobres, abandonados y destinados al olvido. Toda la población sobrecargada del temor, el estrés, la psicosis, la depresión y la impotencia, no sólo frente a la enfermedad sino frente al hambre. (Pontificia Academia para la Vida, 2020a)

A nosotros nos ha tocado ser testigos del rostro trágico de la muerte. La gran mayoría ha vivido la experiencia de la soledad causada por la separación (física y espiritual), deja a las familias impotentes, incapaces de decir adiós. Ni siquiera se puede realizar un acto de piedad básica, como por ejemplo, un entierro adecuado; y otros, vivimos en la incertidumbre, esperando lo que venga. Vemos que la vida llega a su fin, sin tener en cuenta la edad, la salud y el estatus social (Pontificia Academia para la Vida, 2020b).

Es el tiempo de pensar sobre la condición humana. Las posturas ultracientíficas del naturalismo radical no pueden responder debidamente a la pregunta: ¿qué es el ser humano? (Markus, 2020). El hombre en su fragilidad puede entender su verdadero misterio, su identidad. Esta solo se puede entender desde la redención de Jesucristo. El verdadero sentido de la vida está en ponerse en manos de Dios. La vida le pertenece a Dios y debemos ponerla siempre en sus manos. Solo la fe y el amor de Cristo nos ayudarán a entender con serenidad lo que nos está pasando. Serenidad que surge de la concepción de hombre cuyo origen y destino está en Dios (Juan Pablo II, 1979). Cuando el hombre desconoce su origen y su destino, no puede ver más allá de lo que la naturaleza y la razón le pueden dar. Conocerse a sí mismo, es fundamental para el desarrollo integral del hombre, el surgimiento de la fe y una vida nueva, con una orientación distinta: fraterna, de unidad, de un destino común.

Todos participamos de esta fragilidad. Todos estamos radicalmente marcados por la experiencia de la finitud de la existencia. Experimentamos el

suave toque de una presencia pasajera. Experimentamos de nuestra condición de igualdad ante el misterio. Los privilegios y las jerarquías desaparecen. Todos estamos en el mismo barco, en el mismo mar embravecido y un mismo destino. Nuestro origen, nuestra libertad y todo lo que nos ha sido confiado están dentro del misterio (Pontificia Academia para la Vida, 2020a). No hay tiempo para gloriarse. La vida no nos pertenece, somos depositarios temporales de ella. La verdadera grandeza de la vida está en Dios. En el reconocimiento de nuestra debilidad esta nuestra fortaleza. En el reconocerse que somos hijos de Dios esta nuestra gloria (2 Cor 12, 7-10).

La vida parece mostrarse como un cuento absurdo, «vanidad de vanidades» (Ecle 1, 2). Pero, la nada no es la última palabra. Nuestra lucha y esperanza de días mejores se sustentan en Dios. La vida va y viene, su ascenso y descenso se puede ver con más claridad, la enfermedad y la muerte han puesto en evidencia la fragilidad de la condición humana. Este acontecimiento nos obliga a buscar una sabiduría y realización diferentes (Cfr Sal. 8). Sin embargo, esa dolorosa evidencia de la fragilidad de la vida puede renovar la conciencia, puede purificarla, como al oro en el crisol (Cfr 1Pe 1, 7). Se trata de volver a la vida, después de saborear el fruto ambivalente de su contingencia. Es la oportunidad para buscar la sabiduría de la vida, la gratitud y la humildad. Acrecentar nuestra fe y nuestro amor a los demás incrementa nuestra existencia de sentido (Cfr 2 Tes 1, 3).

La pandemia ha desenmascarado la vulnerabilidad humana, ha puesto al descubierto las falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, proyectos, rutinas y prioridades. La seguridad del ser humano no está en las pretensiones científicas, tecnológicas, económicas o políticas. Estas, ni siquiera logran solucionar los problemas de la contaminación ambiental, la pobreza, la corrupción, y ahora la crisis del coronavirus. La pandemia nos ha permitido ver que las prioridades son otras, que la seguridad humana refiere a una fuerza trascendente. No podemos dejar que estos sistemas inhumanos sigan alienando a la humanidad. Es el momento del despertar de la conciencia, es el momento de la verdad. Los estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos y pretensiones se han derrumbado, se ha puesto en evidencia, la pertenencia común, que no podemos evadir: esa pertenencia de hermanos. Solo esa pertenencia (en Dios) ayudará al hombre a superar su vulnerabilidad (Pontificia Academia para la Vida, 2020b).

Francisco (2015) plantea: «¿por qué tenéis miedo?, ¿aún no tenéis fe?». La palabra de Dios interpela a todos. El hombre se siente fuerte y capaz de todo. La codicia de ganar lo material y la prisa de la vida lo trastornan. Vive sordo a las llamadas de Dios, dormido ante las guerras e injusticias del mundo, indiferente al grito del pobre y del planeta gravemente enfermo.

La pretensión del hombre imperturbable, pensando en mantenerse siempre sano, en un mundo enfermo ha sido cuestionada. El peligro de hoy ha despertado al hombre y lo ha llevado a suplicar: «Despierta, Señor» (Cfr Mt 8, 24). «Porque eres clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor» (Sal 103, 8). «No me niegues, tu misericordia; que siempre me protejan tu amor y tu verdad» (Sal 40, 11). Sin embargo, esta súplica necesita de la fe, de la confianza en el Señor de la vida, de la convicción de que solo el que en su corazón se arrepiente y cambia alcanza la tranquilidad de la vida. No se trata de estar a salvo de la prueba, sino en una posición distinta frente a la prueba: una posición de fe y de trascendencia.

El señor nos llama a la fe. Que no se reduce a creer en su existencia, sino ir hacia él y confiar en él. La conversión tiene ese sentido: «volved a mí de todo corazón» (Jn 2, 12). Este tiempo de prueba es un momento de elección. Es nuestro juicio, es el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente, para separar lo necesario de lo innecesario. Es el tiempo de restablecer un nuevo rumbo de la vida en relación con Dios y con el prójimo. A pesar del sufrimiento es momento de infundir unidad: «Que todos sean uno» (Jn 17, 21), esperanza, cuidando de no sembrar pánico sino corresponsabilidad y oración unos por otros. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

El Señor nos anima a vencer el temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Pero él no nos abandona a merced de la prueba. El Señor sigue animándonos: «No tengáis miedo» (Mt 28, 5), y nosotros como Pedro, ponemos en sus manos nuestro agobio, convencidos de que él nos cuida (Cfr 1P 5, 7). El temor destruye las defensas inmunológicas, el estrés disminuye nuestras capacidades, la codicia del negocio de los medicamentos destruyen nuestras fortalezas económicas. En este contexto, el Señor nos sigue llamando a vencer el temor. Vencer el temor, nos ayuda a fortalecer nuestras capacidades. Es la lucha de los hijos de Dios, de los creyentes, que

no están solos. Pues con él, aunque el hombre pase por cañadas oscuras ya no tendrá miedo. Tenemos que superar el miedo a la enfermedad, a las dificultades, al hambre y a la muerte, porque cuando estamos con Dios, todas esas pruebas son temporales (Cfr Sal 23, 4).

El señor nos invita a vivir en el amor. Y superado el temor, nuestra misión es proclamar el amor, ese amor que viene de Dios. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de los pecados» (1 Jn 4, 10). El hecho de sentirnos amados nos ayudará también a amar a los hermanos. El sentirse amados, el afecto es una fuerza que nos ayuda a ponerse en acción frente a los retos de la vida. El sentirse amados permite al pecado superar su pecado y cambiar de vida. Ese amor requiere de una convicción profunda de entrega al bien del ser amado.

Ese es el amor de convicción, que estamos llamados vivir, es muy importante, sobre todo en tiempos muy sensibles, como los que estamos viviendo. Tiempos de temor a la muerte, de fragilidad de la vida, de hambre y de miseria. Este es un tiempo de prueba que nos pide darlo todo: «Amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y todas las fuerzas, y al prójimo como a uno mismo» (Mt 22, 36-39; Rom 13, 9; Gal 5, 14). El amor como entrega absoluta al bien del ser amado, es el que da sentido al misterio de la existencia humana, que va más allá del cuidado de nuestra propia vida. Grandes proyectos se realizaron gracias al amor. Hoy más que nunca, el lema «todo por amor nada por la fuerza», de las hermanas Emilia y Victoria Barcia Boniffatti cobra relevancia. María Montessori, hizo del estudio una actividad muy agradable gracias al amor, Madre Teresa de Calcuta, compartió su vida con los más pobres, gracias al amor, y Francisco Kolve, cambio su vida por la de un condenado a muerte en los campos de concentración nazi, gracias al amor. El amor es la clave de todo cambio y desarrollo, pues «no hay otro mandamiento más importante que éste» (Mc 12, 28-31).

Gracias al amor seremos llamados hijos de Dios (Cfr Mt 5, 45). Ese amor se manifiesta en el bien que podemos hacer en favor de los hermanos: «cada vez que podamos, hagamos bien a todos» (Gal 6, 10; Cfr Mt 5, 23; 7, 12). Se trata de entregarlo todo, si es posible la propia vida: «él entregó su vida por

nosotros y así debemos entregar la vida por nuestros hermanos» (1Jn 3, 16). Es el amor que nos anima a nunca abandonar a nuestros hermanos a su suerte. En la pandemia muchos han muerto, más por el poder de la indiferencia que por el virus. Muchos pacientes se han recuperado de los efectos del contagio gracias al amoroso y sincero cuidado de los profesionales de la salud y por sus familiares. Estas buenas experiencias suceden cuando «Dios llena nuestro corazón con su amor» (Rom 5, 5; Cfr Mt 5, 33-37), el mismo que «nos empuja a amar a todos los hombres» (Mt 5, 21-30). Ese es el amor que inspiró a Santa Rosa de Lima a cuidar a los enfermos, muchos de ellos con enfermedades muy contagiosas. El amor se expresa en actitudes tan necesarias como el trato humano a los hermanos que sufren el contagio, un trato que debe ser paciente y bondadoso; sin envidia, jactancia y orgullo. Pues quien ama no se comporta con rudeza, egoísmo, enojo o rencor (Cfr 1Cor 13, 4-5). Este amor, muy detallista en sus actitudes, es la clave que se ha mostrado ya y puede perfeccionarse aún en la actitud de las autoridades, los hijos, los hermanos, los médicos y policías, y las actitudes de todos los que estamos en medio de esta pandemia.

Solo el amor hace que la sensibilidad humana pueda emerger con todo su poder. «Sean siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor» (Efe 4, 2). A pesar de las dificultades causadas por la pandemia no debemos dejar el timón del amor. El amor, sensibilidad humana, nos inspira y evita el abandono a su suerte de nuestros hermanos y enfermos. Por amor el hombre asume responsabilidades y sigue reglas para evitar el contagio. «Ámense los unos a los otros profundamente, porque el amor cubre multitud de pecados» (1 Pe 4, 8). El sufrimiento es parte de la penitencia y purificación de nuestros pecados, por ello no debemos evadir los desafíos de esta pandemia. «El amor es sincero, aborrece el mal y se aferra al bien» (Rom 12, 9). La indiferencia, la terquedad y el rechazo de las normas pueden arrastrarnos al mal y a la muerte. No olvidar que, «el amor no perjudica, más bien, busca el bien del prójimo, es el cumplimiento de la ley» (Rom 13, 10). Es momento también de anunciar el perdón de Dios. «Reprende con franqueza a tu prójimo para que no sufra las consecuencias de su pecado» (Lev 19, 17-18). La llamada es convertirnos en protagonistas de la unidad, el perdón y la paz, esa paz tan necesaria para quienes sufren los estragos de la pandemia y viven angustiados. Finalmente, «hagan todo con amor» (1Cor 16, 14), es la palabra

que resuena en nuestros corazones. Compasión, solidaridad y compromiso con quienes han perdido el trabajo, su capacidad de pago de sus deudas, la vivienda y a un ser querido.

La pandemia es una manifestación más de la globalización, al igual que otras plagas, como el hambre, la guerra y la pobreza, que es «injusticia y no infortunio» (Gutiérrez, 2004). La globalización, desde la perspectiva del desarrollo material, aporta beneficios a la humanidad: difusión del conocimiento científico, la tecnología médica y práctica sanitaria. Todos ellos potencialmente disponibles en beneficio de todos. Sin embargo, las plagas de la discriminación, la indiferencia, la búsqueda de resultados, propios también de la globalización, hacen que estos beneficios no lleguen a todos. Pero la pandemia ha revelado más que eso, ha revelado que estamos vinculados de manera diferente, que todos compartimos la experiencia común de contingencia y que nadie puede estar libre de ella. La pandemia nos ha hecho a todos vulnerables y expuestos al peligro, no solo del contagio sino de la insensibilidad humana (Pontificia Academia para la Vida, 2020a).

Esta situación muestra un espectáculo desolador: calles y ciudades vacías y fantasmagóricas, cercanía humana herida por el distanciamiento físico, la privación de los abrazos, la amabilidad y los besos. Las relaciones humanas se han convertido en interacciones temerosas entre extraños, en intercambios neutrales de individualidades sin rostro, envueltas en el anonimato de los medios de protección. La dimensión social humana sufre una grave y aterradora limitación. El aislamiento, la desesperación, la ira y el abuso son manifestaciones de estas limitaciones, al igual que la angustia y la disminución de la calidad de vida. La falta de visitas de familiares y amigos hacen que el sufrimiento se torne más pronunciado en las personas vulnerables, ancianos, enfermos y discapacitados (Pontificia Academia para la Vida, 2020b).

Sin duda estamos frente a una de las pruebas más difíciles, pero es también momento de la conciencia, de dar una nueva mirada, más integral a esta situación. Las soluciones científicas, médicas y políticas no bastan, es necesario una mirada más profunda, una mirada de fe, que nos permita comprender el misterio del sufrimiento, pero al mismo tiempo, el misterio del amor. En estas circunstancias solo el amor da sentido a la existencia. Ese amor del que jamás debemos apartarnos, pues en la fe, la victoria se nos ha adelantado. «¿Quién

nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia?» (Rom 8, 35). «Pues, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Rom 8, 37). Solo el amor sigue siendo un gran motivo para vivir (Leuridan, 2019).

La autosuficiencia humana y lección de finitud

La pandemia provocada por la COVID-19 muestra la obsolescencia de la autodeterminación, autonomía y autocontrol humano. La racionalidad humana se ha convertido en la más cruda irracionalidad. La depredación de la tierra y de los bosques, por minería y la ambición de riqueza sin escrúpulos, la contaminación del medio ambiente, por la explosión de la industria. El hombre no ha sido capaz de valorar la tierra, en vez de cuidarla la ha depredado, con el afán de riqueza. En el fondo es un signo del propio malestar espiritual que vive la humanidad, alejada de su origen y su destino. El hombre sin Dios pierde su trascendencia y se convierte en una pieza más del mundo material (Francisco, 2015, p. 119).

La deforestación espanta a los animales salvajes y los obliga a aproximarse al ser humano. Los virus alojados en el organismo de los animales se transmiten a los humanos, mediante la zoonosis, fenómeno conocido por los científicos como el vehículo de muchas enfermedades. La excesiva demanda de carne, de los países ricos, exige la creación de gigantescos complejos industriales de cría y explotación del animal. Estos espacios permiten una interacción humana-animal, cada vez más cercana, no solo por la crianza y la manipulación sino, sobre todo, por el consumo. En última instancia, esta situación puede ocasionar la propagación de cualquier virus mediante el transporte internacional, la movilidad masiva de personas, los viajes de negocios y el turismo (Pontificia Academia para la Vida, 2020b). El respeto a la naturaleza se convierte en una oportunidad de negocios y de la depredación se busca crear riqueza.

Este fenómeno del coronavirus no es solamente el resultado de acontecimientos naturales, sino también de la manipulación genética utilizada en la industria de la producción a gran escala. Es el resultado de una compleja interacción entre el mundo humano, con las opciones económicas y los modelos de desarrollo, caracterizados por finalidades ajenas a la propia

creación. Es el resultado de la avaricia financiera, la autocomplacencia de los estilos de vida, definidos por el consumo y el exceso. Sin efectos de la insatisfacción, prevaricación y desprecio humano, con lo que Dios y la naturaleza nos dan (Pontificia Academia para la Vida, 2020b). Es momento de tomar conciencia sobre la relación del hombre con la naturaleza. El hombre debe saber y aceptar que solo es administrador, y no amo ni señor de la tierra. Todo lo que tenemos se nos ha sido dado, no existe una soberanía absoluta. Es el momento de administrar bien el talento que Dios ha dado a la humanidad (Cfr Mt 25, 14-30). El hombre debe reconocer que la finitud, la vulnerabilidad es una condición que se nos ha sido dada desde el origen y es parte de nuestra condición humana. El destino del hombre es una libertad herida, pero que puede mejorarla de un modo diferente, desde el modo del amor a Dios y al prójimo como a uno mismo (Mt 22, 36-40). El amor (como valor) es la base de las actitudes éticas (el bien), y juntas son la base del derecho y las decisiones políticas (el desarrollo justo), para que formen el camino del desarrollo científico y tecnológico más humano y justo (Comte-Sponville, 2013, como se citó en Leuridan, 2019).

El amor, que se desarrolla en este trabajo, es una llamada global a atender a los países hermanos pobres. En los países ricos la gente puede permitirse los requisitos de seguridad para enfrentar la pandemia, en cambio, los países pobres el distanciamiento físico es solo una imposibilidad debido a la necesidad y al peso de las circunstancias extremas. El hambre, la necesidad de trabajar para sobrevivir acorta las posibilidades de una buena protección. Esta situación pone en evidencia, nuevamente, la histórica paradoja de la desproporción de la riqueza entre países pobres y ricos (Pontificia Academia para la Vida, 2020a). Desproporción que no depende de la escasez de recursos sino de la actitud ética del hombre. Es lo mismo que se presenta en la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro (Lc 16, 19-31). No olvidamos el grito del Jubileo del año 2000, que pedía a gritos a los países ricos condonar la deuda de los países pobres. Deuda que era equivalente solo al 5% de las ganancias financieras de un solo país rico. Pero más pesó la indiferencia y los cálculos del sistema económico que nunca pierde, pues sus proyecciones solo consideran ganancias. El Fondo Monetario Internacional (FMI, 2001) prefirió establecer una ruta de ayuda, en condición de préstamo a los países pobres, pero sin eliminar la deuda externa. La solicitud de condonación de la deuda

de América Latina por parte del FMI y otros organismos multilaterales (BID, BM, CAF) (Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica [CELAG], 2020). El cambio siempre está en manos de los líderes mundiales de los países ricos. Pero la paradoja permanece. Por ejemplo, con la crisis de la COVID-19, los países ricos, con sus transnacionales se han beneficiado, mientras que los pobres se han empobrecido más de lo que estaban. Los países en donde están los grandes laboratorios, los dueños de las industrias farmacéuticas han lucrado con la necesidad de los pobres desesperados ante la inminencia de la muerte.

La vulnerabilidad común exige cooperación internacional

Esta cooperación se hace necesaria sobre todo en los aspectos de infraestructura médica adecuada, accesible a todos a nivel mundial. La difícil situación de cada pueblo infectado repentinamente por el coronavirus no se puede solucionar de manera aislada, se necesita acuerdos de cooperación internacional. El intercambio de información, la prestación de ayuda y la asignación de recursos deben abordarse en una sinergia de esfuerzos comunes (Pontificia Academia para la Vida, 2020a). En este contexto la decisión de los líderes políticos de los países ricos es de suma importancia. Pues, la salud del pobre es también la salud del rico. Esta pandemia no discrimina a nadie, por lo tanto, nadie está exento de ella; solo la solidaridad entre todos nos ayudará a vencerla.

Esa misma diferencia se observa en la pérdida de vidas humanas. Los países pobres siguen siendo los más afectados por las diversas enfermedades que se dieron y se siguen dando en la historia (malaria, tuberculosis, anemia y otras). De igual modo, esa desigualdad también se puede ver en el acceso a los recursos básicos (agua potable, energía eléctrica, etc.). Esta desigualdad sigue sembrando destrucción y daño en millones de vidas humanas por año, situación que se conoce desde hace décadas, pero que se sigue mirando con indiferencia. Estas dificultades podrían superarse mediante esfuerzos y políticas internacionales comprometidas con la justicia y la sensibilidad humana. Se salvarían muchas vidas, se erradicarían enfermedades y se evitaría el sufrimiento. Pero la falta de conciencia, la falta de amor, la falta de humanidad y sensibilidad, la falta de justicia, de los que tienen de sobra, hace que se destinen millones de dólares o euros a proyectos intergalácticos, proyectos bélicos, proyectos experimentales sin un provecho para la

humanidad. Poco se invierte en educación, poco se invierte en la lucha contra el hambre, y nada en la promoción de valores humanos (Pontificia Academia para la Vida, 2020b). Pero nunca es tarde, la pandemia ha puesto en marcha el llamado al amor mundial: el sentido de justicia, de igualdad, de dignidad para todos por encima de las pretensiones egoístas. La justicia y la sensibilidad tiene su raíz en el amor: «ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente, ni el futuro, ni los poderes, ni lo alto y lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios ha manifestado en Cristo» (Rom 8, 38-39). Es por ello que, los cristianos tenemos la tarea de seguir promoviendo la fe y el amor, a pesar de las múltiples dificultades, no desmayemos en la esperanza firme de un mundo mejor, más justo, humano y fraterno.

El punto de partida de todo cambio está en la fe. Esta es la convicción de que todos necesitamos la salvación y que en el amor de Jesucristo ya se nos ha sido dada. La autosuficiencia es un espejismo, pues solos nos hundimos. Necesitamos del Señor. Es por ello que debemos abrir nuestros corazones y nuestras mentes a Jesús. Dejemos nuestras vidas en sus manos, entreguémosle nuestros temores y nuestros anhelos (Cfr. Mc 4, 35-42). Dios es el centro del cambio. Él da sentido y seguridad a la vida, pues «con Dios la vida nunca muere» (Francisco, 2020a, p. 9). Es Dios mismo quien interpela al hombre, en medio de esta pandemia, a despertar y activar la solidaridad y la esperanza, pues solo ellas dan solidez, contención y sentido a las dificultades de la vida.

El aislamiento nos causa sufrimiento, la falta del afecto y de los encuentros nos han hecho distantes. La carencia de las cosas ha mostrado la debilidad humana. Es, en estas circunstancias difíciles, que el anuncio de salvación y la presencia del resucitado que vive a nuestro lado, nos da tranquilidad y paz para vivir. Reencontrar la vida, atreverse a las nuevas iniciativas son parte del reconocimiento de la gracia de Dios que habita en nosotros. Es por ello que prender la llama humeante del amor (Cfr Is 42, 3), que sana y reaviva la esperanza (Cfr Is 42, 3), es una estrategia espiritual fundamental. Abrazar su cruz del sufrimiento con amor y fe es animarse a hacer nuestras todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión. Es el momento de dar espacio a la creatividad que el Espíritu suscita en nosotros. Crear espacios de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad, cuidar de los más débiles, son acciones de

la fe y del amor, que el hombre en Dios, es capaz de romper con los temores para crear esperanza y fraternidad (Francisco, 2020b, p. 9).

Interdependencia y vulnerabilidad común

La pretensión de autonomía tiene pies de barro. Solo la interdependencia le da sentido a la vida. Se caen las falsas esperanzas de las ideologías, las pretensiones de racionalidad calculadora, y la idea distorsionada de la autorrealización, que por otro lado rechaza toda responsabilidad frente al bien común (Pontificia Academia para la Vida, 2020b). Las ideologías han distorsionado la visión del amor y de la vida. El egocentrismo se opone a la verdad del bien común. Esta visión ególatra nos aleja del amor a Dios y del amor fraterno. Una clara señal del peligro que tiene la autosuficiencia humana con sus graves consecuencias contra la fraternidad e interconexión con nuestros semejantes y con Dios es la que advierte: «no amen al mundo ni nada de lo que hay en él. Si alguien ama al mundo, no tiene el amor del Padre» (1 Jn 2, 15).

La interconexión es un hecho. Solo ella es capaz de rescatarnos de la vulnerabilidad y nos hace fuertes. La COVID-19 afecta a todos, quizá con mayor énfasis a los ancianos y enfermos, comprometiendo el sistema inmunológico. Pero la interconexión puede más que la indiferencia. Al inicio de la pandemia la mayoría de países del mundo se centraron en salvar vidas. Los hospitales y especialmente las unidades de cuidados intensivos, lucharon para superar la insuficiencia. Todas las mejoras –que aún son insuficientes– se dieron gracias al sacrificio y entrega de los médicos, enfermeras y otros profesionales de la sanidad. Estos hombres y mujeres, guardianes de la salud se dejaron inspirar por el amor solidario, entendieron que «hay más felicidad en dar que en recibir» (Hech 20, 35). Es por ello que toda la humanidad reconoce el logro generoso de estos trabajadores de la salud. No debemos dejar de mostrar nuestra gratitud, pues su generosidad es agradable y merece nuestro respeto y bendición. «El que es generoso prospera; el que reanima será reanimado» (Prov 11, 25). La solidaridad de los jóvenes no solo es un sacrificio, sino un rechazo a la visión egocéntrica del mundo. «Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de todo eso, y esmérate en seguir la justicia, la piedad, la fe, el amor, la constancia y la humildad» (1 Tim 6, 11). La solidaridad es el rostro del amor y del bien común, de la interdependencia. Buscar un equilibrio entre

el bien común de la salud pública y los intereses económicos es una prioridad que debemos tener en cuenta (Pontificia Academia para la Vida, 2020a).

La atención hospitalaria interconectada a otras instituciones de cuidados, a las comunidades y a las familias. En algunos países, los asilos de ancianos se vieron muy afectados, el control de realizó después de los estragos: muchas vidas humanas se perdieron. La asignación de recursos se basó más en consideraciones utilitarias que en la prioridad de la persona humana, sobre todo, de aquellos que se encontraban en mayor riesgo y vulnerabilidad. En estas circunstancias el amor sigue siendo una interpelación constante que debe desembocar en la ayuda inmediata a quienes están en mayor peligro. «Mis pies resbalan, cuando ya tu amor, Señor, venía en mi ayuda» (Sal 94, 18).

Pero, hay que reconocer también que las semillas de esperanza se han sembrado en la oscuridad de los pequeños gestos, de los actos de solidaridad. Las autoridades, las comunidades y las familias, pero sobre todo los más necesitados, han podido experimentar la fuerza de la solidaridad recíproca. La apreciación de estos buenos ejemplos es una oportunidad de una comprensión profunda del auténtico significado de la vida y del amor, forma muy deseable de realización humana (Pontificia Academia para la Vida, 2020b). Queda claro que la lección que deja la pandemia exige una asimilación más profunda, cuyo significado solo viene del amor. «Tu amor es mejor que la vida; por eso mis labios te alabarán. Te bendeciré mientras viva, y alzando mis manos te invocaré» (Sal 63, 3-4).

La interdependencia debe ser a la medida del desafío, es decir, sobrepasar fronteras, y llegar a todos los países del mundo afectados por la pandemia. Debemos insistir que la interdependencia sirve para el aprendizaje de experiencias y políticas ejemplares dadas en algunos países, cuyas respuestas fueron eficaces en la lucha contra la pandemia. La ausencia de la interconexión puede tener efectos negativos contra los esfuerzos en la búsqueda de soluciones: remedios y vacunas para todos. La deficiente coordinación y cooperación entre los países es un obstáculo en la lucha contra la COVID-19. No se ha logrado totalmente despertar la conciencia; no para todos significa que debemos estar juntos en este desastre. La superación por el contrario solo es posible mediante esfuerzos de cooperación conjunta de la comunidad humana mundial. Las políticas de cooperación internacional

deben manifestarse en la acción de las instituciones internacionales, frente al aumento del contagio, de las desigualdades e injusticias evidenciadas, sobre todo en la carencia de recursos y servicios en algunos países. La asistencia adecuada debe hacerse a nivel de la comunidad internacional. El amor y la justicia interpelan a los líderes del mundo. Amor y justicia que le corresponde a toda la tierra. «El Señor ama la justicia y el derecho; llena está la tierra de su amor» (Sal 33, 5).

Esta interconexión en pro de la vida ha llevado a la humanidad a un renacer, a una nueva conversión. La fragilidad, finitud y vulnerabilidad humanas, exigen al hombre repensar una nueva visión moral. Una visión de humildad, de disposición al cambio, del nuevo despertar de la consciencia y la fuerza de la bondad que la vida nos ofrece en busca de un nuevo significado de la existencia. La *humana communitas* sostiene que estamos frente a una nueva promesa de renacimiento y restauración de la vida, que solo se hace posible gracias a la comprensión del amor (Francisco, 2019a).

Esa restauración que desde los inicios del cristianismo siempre fue proclamada: «Alégrense, busquen su restauración, hagan caso a mi exhortación, sean de un mismo sentir y vivan en paz. El Dios de amor y de paz estará con ustedes» (2 Cor 13, 11). Este cambio requiere de tres conversiones: 1. cambiar nuestro modo de pensar, con los valores y la ética como base de todo conocimiento y actitud; 2. cambiar nuestro modo de sentir, desarrollo de nuestra sensibilidad humana y dimensión de fraternidad; 3. cambiar nuestro modo de vivir, amando a Dios y al prójimo como a uno mismo mediante la fe orante, el trato justo, la caridad y la solidaridad.

De la ética del riesgo a la ética del amor

El riesgo es una realidad que nadie puede negar. Todos podemos sucumbir a las heridas y a las abrumadoras amenazas de la pandemia. Esta situación devela también la responsabilidad ética y política de todos frente a los más vulnerables, que además, corren un mayor riesgo en su salud, su vida y su dignidad. Este desastre es un desafío ético porque afecta a la vida humana y perjudica su existencia en su múltiple dimensión. Tal situación exige también de una respuesta ética multidimensional. Las alternativas de solución a esta crisis deben ser proporcionales al riesgo: la crisis afecta a todos, y las

alternativas deben beneficiar a todos. Las desigualdades económicas, sociales y políticas entre los países del mundo siguen siendo un desafío, la falta de superación de tales desigualdades, podría agudizar la propagación de la pandemia (Pontificia Academia para la Vida, 2020b).

Por lo tanto, los esfuerzos por desarrollar una vacuna de inmunización no solo serán el resultado del desarrollo científico y tecnológico, sino una exigencia de la responsabilidad ética. La inmunidad contra la COVID-19 es esperanza de vida, solidaridad y unidad de la humanidad. En la perspectiva de la responsabilidad ética, la solidaridad trasciende al compromiso de ayuda a los que sufren, y va en la búsqueda de un mundo más humano y fraterno, que se basa en la justicia, «primera forma del amor» (Leuridan, 2019). Es necesaria la extirpación de políticas nacionales y mundiales opresivas e injustas, enquistadas en nuestra sociedad que son como las llamaba Juan Pablo II «estructuras de pecado social» (1984). Abundan «las políticas sin principios, negocios sin moral, bienestar sin trabajo, educación sin carácter, ciencia sin humanidad, goce sin responsabilidad y religión sin sacrificio» (Pal, 2018).

La ética del amor se vincula a la responsabilidad y buena voluntad con el bien común de la comunidad humana. Ética que solo puede lograrse con la verdadera conversión de la mente y el corazón (Francisco, 2015). En ese sentido, se realiza el llamamiento a los esfuerzos de cooperación internacional. La pretensión de los intereses nacionales y sus políticas de independencia y aislamiento son contrarios a la magnitud de la pandemia que exige una estrategia mundial coordinada. La subsidiariedad ha resultado poco eficaz contra el contagio, contra las desigualdades y los desequilibrios en la repartición de recursos. Hay una resistencia a darse cuenta que ricos y pobres son vulnerables al virus, aunque los pobres están obligados a pagar un precio más alto y a soportar las consecuencias de la falta de cooperación. «Que nunca te abandonen el amor y la verdad, llévalos siempre alrededor de tu cuello y escríbelos en el libro de tu corazón» (Prov 3, 3-4). «Vivir la verdad con amor» (Efe 4, 15) es la estrategia.

Aunque la ética del riesgo trasciende a la subsidiariedad y se basa en un concepto más amplio de solidaridad de la comunidad humana, el motor de esa ética es el amor. Sin amor, surgen las falsas distinciones entre los que están dentro y los que están fuera de la comunidad. El lado oscuro de esa separación

es una práctica discriminatoria. Es injusta la actitud de la espera de los que están fuera de la *humana communitas*. En ese sentido, se entiende el acceso a los medicamentos y una atención de calidad para todos. El acceso universal a mejores oportunidades de prevención, de diagnóstico y tratamiento médico, debe ser sin restricciones. El objetivo, aceptable y coherente, debe ser el acceso universal de la vacuna. La investigación científica debe actuar con responsabilidad, debe reflejar la integridad de la ciencia, superar la tendencia de la objetividad controlada, de la libertad de investigación y del conflicto de intereses (UNESCO, 2005). El conocimiento científico es de naturaleza social, es por ello que sus frutos deben ser distribuidos con igualdad, libertad y equidad. La libertad de investigación científica debe rechazar las decisiones políticas que afecten el bien de la comunidad. Por su parte, las decisiones políticas, deben ser autónomas frente a la usurpación del poder científico, especialmente cuando este se convierte en manipulación de la opinión pública. Finalmente, el conocimiento científico, el recurso a la experimentación científica con seres humanos, debe realizarse estrictamente en relación con las exigencias de la vida y no del lucro y del mercado. El beneficio público de la investigación no puede reducirse al beneficio privado. La ética del amor se manifiesta en la justicia. «El Señor ama la justicia y el derecho; llena está la tierra de su amor» (Sal 33, 5).

La ética del amor trasciende a cualquier esfuerzo de cooperación internacional. La OMS ocupa un lugar privilegiado al encabezar esta misión. Dirigir la labor internacional de la salud en convergencia con el compromiso ético de los gobiernos en una sinergia mundial. Proteger el derecho universal a la salud es una prioridad ética: es justicia que debe llegar a todos. Pero, específicamente este compromiso es un derecho indispensable de los países menos adelantados: los países pobres. El centro de esta misión es el principio de la solidaridad, responsabilidad moral con los más necesitados, reconocimiento del valor de la dignidad humana, reflejado en la consideración de que el hombre es un «fin en sí mismo y, no un medio» (Kant, como se citó en Leuridan, 2019). La respuesta a la pandemia no se agota en la simpatía, sino que abre las puertas a la justicia y a la dignidad del hombre, como claves de la comprensión, disposición y acción del ser humano.

La solidaridad es un deber fraterno

La situación de pandemia exige, en justicia, la disposición de los países ricos a cooperar con la supervivencia de sus hermanos los pobres y la sostenibilidad del planeta. En este contexto, se entienden la cooperación económica, científica y médica mundial. De igual modo las estrategias de los gobiernos frente a la crisis deben inspirarse en el principio de cooperación solidaria. La solidaridad fraterna de la comunidad responsable promueve la cautela, el apoyo recíproco y el comportamiento proactivo, centrado en el bienestar de todos. La intervención jurídica de las autoridades en las conductas conflictivas es un acto de justicia y responsabilidad común. Debe buscar una sana relación el valor de la interacción humana y la responsabilidad común (Francisco, 2020a).

La ética del amor es una actitud de esperanza

Hoy más que nunca hace falta superar la resignación pasiva e imaginar el emprendimiento y la proyección de una mejor convivencia humana. El sueño social de la región amazónica se convierte en un sueño universal. Integrar y promover a todos los habitantes del planeta en la consolidación del «buen vivir» (Francisco, 2020b, p. 8). El buen vivir tiene su punto de partida en el optimismo del amor que profesamos: «De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Las fuerzas renovadas de los que confían en el Señor, hará que estos «vuelen como las águilas, corran y no se fatiguen, caminen y no se cansen» (Is, 40, 1); el que permanece en amor «permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4, 16).

Los pobres de la pandemia

Huamán Poma de Ayala, andaba «en busca de los pobres de Jesucristo» (Gutiérrez, 1980, p. 81).

Todos nos reconocemos frágiles ante la prueba que estamos atravesando. Nuestra fragilidad necesita del Señor. Solo en Dios podemos entender que somos valiosos a pesar de nuestra debilidad. El hombre es como un cristal, frágil y precioso al mismo tiempo. Aunque frágiles no debemos dejar de estar alegres: «alegraos, aunque ahora sea preciso padecer un poco» (1 P 1, 6). La

fragilidad más aguda es la pobreza, que despoja al hombre de todos los medios que le permiten su subsistencia. Mucha gente ha muerto, no necesariamente por la bravura de la pandemia, sino por los efectos de la pobreza. Sin trabajo, sin comida, sin casa, sin educación, sin derechos, sin seguro médico, sin dinero y sin medicinas. Sin embargo, estos hermanos nunca estuvieron ni estarán solos. Dios tiene preferencia por los pobres. Las parroquias, de la mano de los sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos, no han dejado de anunciar al Señor de la vida. Un pan, una canasta, una pastilla, una palabra de aliento, resultan esperanzadoras para quienes no tienen nada. La misericordia de Dios siempre está con los pobres.

Los pobres, sin duda, son más vulnerables que todos, pues a ellos golpea más fuerte el virus del egoísmo y la indiferencia, «un virus todavía peor» (Francisco, 2020a). Descartar a los pobres de los procesos del progreso es una gran injusticia. Una pequeña parte de la humanidad no sufre de pobreza, al menos material, mientras que la mayoría sufre este flagelo. Es por ello que eliminar las desigualdades, reparar la injusticia son hoy una prioridad. La misericordia y el bien común son indispensables: «Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hech 2, 44-45). Este acontecimiento revelador es una oportunidad para reconstruir el mañana de todos y para todos. Solo una visión de conjunto, centrada en el amor de Jesús por el más débil, tendrá futuro.

Esta nueva situación de vida es una oportunidad para renovar nuestro compromiso de amar a los más débiles de la familia. La unidad y la responsabilidad de hacerse cargo de los más frágiles ayudará a vencer los desafíos globales, los desafíos de la verdadera pandemia humana (Paredes, 2008).

La pobreza es problema de todos, es fruto de la injusticia social que envenena la participación de todos en los beneficios del bien común; es fruto de la miseria moral, de la codicia y la indiferencia de unos pocos, dueños de un sistema injusto que inhibe el espíritu de iniciativa de los jóvenes, condenándolos a situaciones de exclusión (Francisco, 2017; Gutiérrez, 2004).

Somos de la tierra y de sus frutos nos alimentamos, pero también llevamos en nuestro ser el sople de la vida, el espíritu que viene de Dios (Cfr Gen 2, 4-7). El hombre es imagen de Dios, con una vocación específica: cuidar y respetar a todas las criaturas, tratar a los demás con amor y compasión, especialmente a los más débiles. El compartir los bienes materiales con el más débil, es solo un reflejo del amor de Dios por nosotros, manifestado en su hijo Jesús (Cfr 1 Jn 3, 17). El apoyo al pobre en sus luchas por la justicia, alentados a la perseverancia (Cfr Judas 1, 20-21), es lo que hoy llamamos opción preferencial por los pobres, «grandes poblaciones excluidas y marginadas» (Leuridan, 2019, p. 303).

Conclusiones

Las consecuencias de la pandemia por la COVID-19 representan serios problemas por enfrentar. El hambre, la falta de trabajo, la violencia, la usura, la delincuencia, etc. son las verdaderas pestes del futuro social que no solo nos privan del encuentro con nuestros seres queridos, sino también de los sacramentos. No obstante, más grave aún es haber despertado la furia de las otras pestes: indiferencia, egoísmo y falta de amor; mientras que el dolor y el luto desorientan, acongojan y paralizan. El realismo de la crisis amenaza con sepultar toda esperanza. La angustia, la soledad, el hambre, la indiferencia debilitan a todos, pero más a las personas vulnerables. El personal sanitario y los servidores públicos están exhaustos. Nos encontramos atrapados en la duda, el sufrimiento y la perplejidad ante la situación de inminente peligro (Francisco, 2020b).

El virus definitivamente es un mal para el hombre, ha puesto en peligro lo más valioso que tiene: su vida. Sin embargo, este es solo una parte del mal estructurado que agobia a la humanidad. La verdadera pandemia está en la destrucción del hábitat humano por la contaminación ambiental, la destrucción de la dignidad de la vida humana con las guerras, cada vez más letales (Francisco, 2015; Paredes, 2008). Esta, es la época de los valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes (Juan Pablo II, 1978), solo las guerras mundiales dieron como resultados más de 70 millones de muertes; la imposición del socialismo ocasionó más de 120 millones de muertos; se suma la destrucción de los valores morales y la corrupción a nivel mundial,

no hay ningún Estado que no esté destruido por la corrupción, todos han sido debilitados porque la ambición individualista se impone sobre el bien común (Leuridan, 2019).

La crisis humana es una crisis de valores. El hombre actual ha priorizado la ciencia y la tecnología, dejando de lado otros tipos de conocimiento que permiten el avance y el progreso, pero que son limitados. El problema del hombre es más grande que el poder de la ciencia y la tecnología, su solución, exige una visión más integral, en la que los valores y la ética son fundamentales. La razón y la fe van unidas: por la razón, cuidar nuestras vidas del virus evitando acciones imprudentes que resulten en contagios, y por la fe asentimos que el hombre está en manos de Dios. Si Dios quisiera eliminar al virus ya lo habría hecho, pero él lo permite aún. Una buena respuesta en estos momentos de tribulación es ponerse en manos de Dios, y seguir anunciando el bien, el amor y la esperanza (Leuridan, 2019).

Tenemos que idear un plan para recuperarnos

Dios sale al encuentro del hombre para transformar su duelo en alegría y consolarlo en medio de la aflicción (Cfr Jr 31, 13). «De pronto, Jesús salió a su encuentro y los saludó, diciendo: ¡Alégrese!» (Mt 28, 9). El Resucitado quiere resucitar a la humanidad entera a una vida nueva; hace participe al hombre de su condición de resucitado. La alegría no es una provocación, ni una broma de mal gusto, ante las graves consecuencias sufridas, tampoco es efecto de la ignorancia e irresponsabilidad ante el dolor y la incertidumbre (Cfr Mc 16, 3), es más bien, el signo de despertar a una nueva concepción del hombre. El Resucitado es el mismo Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles que se convierten en lumbreras de esperanza. Mirar a él sanará las heridas de la humanidad desolada por el coronavirus. Los enfermos, los fallecidos, las familias que lloran, pasan hambre y miseria están en su mirada. El Señor de la vida sale a su encuentro para darles consuelo y esperanza (Francisco, 2020b).

El amor es signo distintivo del poder de Dios

La buena noticia de la resurrección es una nueva llama que ilumina al mundo, oscurecido por la pandemia. La comunidad humana está lista para

proclamar «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». Este es otro contagio, que se transmite de corazón a corazón, es el contagio de la esperanza. No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal. Esta victoria no pasa por encima del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo de la incertidumbre y transformando el mal en bien (Francisco, 2020a).

Permanecer en casa para reflexionar sobre nuestras vidas

Esta experiencia ha sido la oportunidad para hacer un alto al frenético ritmo de vida y volver a encontrarse con nuestros seres queridos y disfrutar de su compañía. Para muchos es un tiempo de preocupación por el futuro incierto, por la falta de trabajo se convierte en falta de alimento y en incertidumbre de la vida. Las familias, hoy más que nunca, están en manos de los que tienen responsabilidad política. El Estado tiene el deber moral de trabajar activamente en favor del bien común de los ciudadanos, proporcionando los medios e instrumentos necesarios para que todos, a pesar de las dificultades, puedan vivir con dignidad. Estar en casa ha permitido reflexionar sobre el poder destructivo que tiene la indiferencia, sobre todo si esta se dirige a los pobres de la periferia, los que no tienen un hogar, los enfermos, los excluidos. También ha permitido orar con más firmeza, para que la bendición de Dios se traduzca en el acceso a los bienes de primera necesidad, medicamentos, asistencia sanitaria y condonación de deudas a los más pobres. Es el clamor a Dios por la subsistencia humana (Francisco, 2020a).

Promover la unidad en el amor solidario

Un auténtico espíritu de solidaridad es capaz de superar toda crisis. La solidaridad es la alternativa al egoísmo de los intereses particulares. El amor solidario logra la convivencia pacífica es el objetivo necesario para el desarrollo de las próximas generaciones. La unidad, el dialogo y la búsqueda del bien común se tornan indispensables. La acción individual (buena o mala) nunca es aislada, por el contrario, tiene consecuencias (positivas o negativas) en la comunidad. Todo está conectado en nuestra casa común. La orden de confinamiento en los hogares, por parte de las autoridades sanitarias, solo prospera cuando cada uno es consciente de su responsabilidad común y acata las órdenes (Francisco, 2020a). Actuar para los demás, como si fuera para

uno mismo, es un acto de solidaridad constructivo. Esta actitud tiene un impacto real, hace que los alimentos alcancen para todos, que la paz disipe las pretensiones de dominio y de poder. El amor solidario cambia la vida, supera la pobreza, da valor a la austeridad y promueve la justicia y lo equitativo en el acceso a los derechos básicos (Francisco, 2020b).

Esta guerra la venceremos con las armas del amor

Somos un ejército distinto cuyas armas son la solidaridad, la esperanza y la fraternidad, un ejército distinto con trincheras distintas. Las familias se apoyan y animan mutuamente, los agricultores siguen produciendo alimentos sanos, sin especulación. Los paradigmas tecnócratas son insuficientes para abordar esta crisis. Los supermercados han excluido complemente al pobre. La esperanza está en el compartir solidario de las personas, las comunidades y los pueblos. A pesar de la indiferencia y los prejuicios sociales contra las comunidades, estas se han levantado y han puesto el sello de la unidad y la lucha a favor de la vida de sus hermanos más débiles. Estas comunidades no tienen garantías, no están consideradas en los beneficios de los programas del gobierno, sin embargo, siguen siendo la fuerza de unidad. Los que no tiene un salario estable: vendedores ambulantes, recicladores, pequeños agricultores, constructores y costureros; los trabajadores informales y los independientes necesitan una mirada justa y amorosa de parte del gobierno. El derecho a un salario universal que reconozca y dignifique el esfuerzo y trabajo humano es un reconocimiento de la nueva ética del amor (Francisco, 2020a).

No abandonar por nada nuestros proyectos

La pandemia ha provocado pesimismo e incertidumbre, sin embargo, no ha destruido la capacidad humana de pensar en el futuro. Ninguna tormenta es para siempre, terminará pronto al igual que las pandemias del pasado. Es momento de levantarse y empezar con la planificación de objetivos claros. Es momento de superar la improvisación. Valoren la cultura del amor, planificar estrategias, reflexionar con sabiduría son nuevas tareas que debemos asumir. Para Benedicto XVI (2009) se trata de mirar al proyecto de desarrollo humano integral, de centrar nuestros esfuerzos en el protagonismo de los pueblos en toda su diversidad y el acceso universal a las tres *t*: tierra, techo

y trabajo. La proyección ayudará a salir de la situación de conciencia dormida, para despertar a la conversión humanista y ecológica que nos permita dar fin a la idolatría del dinero y poner la dignidad y la vida en el centro de todo proyecto. La competitividad individualista de la producción y consumo desenfrenado, de lujos excesivos y ganancias desmedidas debe cambiar por la valoración justa del trabajo y del desarrollo humano de todos. Toda crisis se supera con amor y esperanza (claves del cambio), con dignidad, compromiso, esfuerzo y solidaridad. Se trata de la promesa de vida para nuestras familias y comunidades (Francisco, 2020b).

Las mujeres de la pandemia

El típico, insustituible y bendito genio femenino hace de la mujer un ente de cambio y superación permanente. Ellas no ignoran lo que sucede, pero convencidas del amor del resucitado, no huyen, ni evaden su responsabilidad de estar y acompañar (Cfr Jn 18, 25-27). Siempre están listas para ayudar al más necesitado (Cfr Mc 16, 1). A muchas de ellas las hemos visto junto a sus padres, contagiados por el coronavirus, llorando, sufriendo, animando y orando. Al igual que ellas, las familias se esfuerzan y sacrifican, para permanecer en sus casas y así frenar la difusión de la pandemia. Otras personas, a pesar de sufrir la enfermedad, sentir la exclusión y la indiferencia de los hospitales y las autoridades, siguieron esforzándose en la superación de esta situación dolorosa. Médicos, enfermeras, cuidadores, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y educadores, se entregaron integralmente al bien, a la cura y la calma del más necesitado (Francisco, 2020b).

El «no está aquí, ha resucitado» (Mt 28, 6) es un anuncio desbordante. Esta es la fuente de alegría y esperanza que supera al temor, al dolor de la muerte y a las diversas consecuencias de la pandemia. No estamos solos, el Señor está con nosotros (Francisco, 2020b). Esta noticia hizo que la mujer busque a los Apóstoles que estaban escondidos por miedo a la persecución. La vida arrancada, destruida, aniquilada por la pandemia ha despertado, y vuelve a latir de nuevo. Nadie podrá robar, silenciar, ni contaminar nuestra esperanza. El servicio y el amor, entregados en este tiempo volverán a latir de nuevo. El dolor necesita una mirada renovadora, necesita del nuevo anuncio de la vida.

La desolación es superada por el renacer de la belleza y la esperanza (Francisco, 2020a). «Mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?» (Is 43, 18b).

El soplo del Espíritu abre horizontes, despierta la creatividad y renueva la esperanza

Dios actúa en este momento histórico. Vuelve a poner en marcha su proyecto de «hacer nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Invita al hombre a vivir la alternativa de la civilización del amor, que es una civilización de la esperanza contra la angustia, donde el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio serán superados en el amor. La civilización del amor se construye cotidiana e ininterrumpidamente gracias al esfuerzo comprometido de todos. Esfuerzo de la comunidad de hermanos (Francisco, 2020a). El nuevo horizonte que supera la tristeza se expresa en el «alégrate» (Mt 28, 9).

«Hazme saber de tu gran amor, porque en ti he puesto mi confianza»

(Sal 143, 8)

«La verdadera pobreza es la falta de amor»

(Madre Teresa de Calcuta)

«La verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre él mismo. Una de las más vistosas debilidades de la civilización actual es la inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes»

(Juan Pablo II, 1979, p. 7).

«El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz»

(Madre Teresa de Calcuta)

Referencias

- Alarbid, S. (2008). El hombre de hoy desde el concepto de existencia de Soren Kierkegaard. *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, 9(22), 117-131.
- Benedicto XVI. (2009). *Caritas in veritate*. Ciudad del Vaticano. http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html
- Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG). (2020). *Es hora de la condonación de la deuda para América Latina*. <https://www.celag.org/la-hora-de-la-condonacion-de-la-deuda-para-america-latinal>
- Fondo Monetario Internacional (FMI). (2001). *¿Condonación del 100% de la deuda? Respuesta del FMI y el Banco Mundial*. www.imf.org
- Francisco. (2015). *Laudato si*. http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2017). *Primera jornada mundial de los pobres*. http://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/poveri/documents/papa-francesco_20170613_messaggio-i-giornatamondiale-poveri-2017.html
- Francisco. (2020a). *La vida después de la pandemia*. Librería Editrice Vaticana.
- Francisco. (2020b). *Querida Amazonia*. Exhortación Apostólica pos-sinodal. http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20200202_querida-amazonia.html
- Gutiérrez, G. E. (1980, 30 de junio). En búsqueda de los pobres de Jesucristo. *Revista de la Universidad Católica*, (7). http://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/49212/busca_pobres_jesucristo_gustavo_gutierrez.pdf?sequence=1
- Gutiérrez, G. E. (2004). *Pobreza y teología*. Custodia de la Inmaculada. Capuchinos de Ecuador. <https://capuchinosdeecuador.org/index.php/documentos/ecuador-y-lam/198-pobreza-y-teologia-gustavo-gutierrez>
- Juan Pablo II. (1979). *Encíclica Redemptor hominis*. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_04031979_redemptor-hominis.html
- Juan Pablo II. (1984). *Exhortación Apostólica Reconciliatio et paenitentia*. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_02121984_reconciliatio-et-paenitentia.html
- Leuridan, J. (2019). *El sentido de las dimensiones éticas de la vida*. USMP.
- Markus, G. (2020). *El Neoexistencialismo*. Concebir la mente humana tras el fracaso del naturalismo. Editorial Pasado y Presente.
- Pal, R. (2018). *Los siete pecados sociales. Relatos inconscientes*. Ojo Central. <https://www.ejecentral.com.mx/relatos-inconscientes-los-siete-pecados-sociales/>
- Paredes, R. (2008). *La plaga humana*. Pies de plomo. <http://www.librosperuanos.com/libros/detalle/9248/La-plaga-humana>
- Pontificia Academia para la Vida. (2020a). *Humana communitas en la era de la pandemia: consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida*. https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_academies/acdlife/documents/rc_pont-acd_life_doc_20200722_humanacomunitas-erapandemia_sp.html
- Pontificia Academia para la Vida. (2020b). *Pandemia y fraternidad universal*. <https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2020-03/pandemia-y-fraternidad-universal-nota-sobre-la-emergencia-covid.html>
- Savater, F. (1991). *Ética para amador*. Ariel.

UNESCO. (2005). *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*. <https://www.sergas.es/Asistencia-sanitaria/Documents/599/146180S.pdf>

Williams, G. (2004). Ortega leyendo a Diltthey, e ideas sobre la vida (1933). *Res publica*, 13(14), 151-164.